

# Los Pueblos de España Tomo I

## Julio caro Baroja

### *Los vettones y carpetanos.*

Pero dentro de la meseta es posible hallar aún áreas pastoriles con caracteres más arcaicos que los de la celtibérica. Una es la del sudeste de ella, otra la del sudoeste. La primera la constituían fundamentalmente los «carpetanos» y «oretanos»<sup>137</sup>, lindantes ya con la Bética, y algunas unidades más pequeñas y poco conocidas, como los «olcades» y «lobetanos». La segunda, los «vettones», que en la época romana entraban dentro de la provincia lusitana, mientras que los anteriormente citados pertenecieron a la Tarraconense y después a la Cartaginense<sup>138</sup>. Dentro de la actual Castilla la Nueva, cabe decir que los límites entre carpetanos y vettones (que por el norte alcanzaban la sierra que hoy lleva sus dos nombres) iban de norte a sur por una línea recta entre Talavera y Toledo<sup>139</sup> y del Tajo al Guadiana. En tiempos de los romanos las adjudicaciones de terreno a unos u otros hubieron de variar notablemente la situación anterior, que tampoco sería muy estable.

Es opinión general la de que todos estos pueblos tienen menor cantidad de elementos célticos que los anteriormente estudiados<sup>140</sup>. Pero ello no pasa de ser una generalización. Entre los vettones cita Ptolomeo las ciudades de «Cottaeobriga», «Augustobriga» y «Deobriga» tres nombres que menciona el mismo y otros autores, ofrecen rasgos celtas muy marcados. Entre los carpetanos y oretanos a primera vista parece haber menos, pero ya se han señalado anteriormente algunos. Es posible de todas formas que la población carpetano-oretana contara con mayor cantidad de elementos de origen precéltico.

La forma de vivir de los pastores, que la componían en parte considerable, es distinta a la de los pastores celtas. Muchas de las ciudades carpetanas se hallaban asentadas en riscos y escarpaduras con cuevas naturales o artificiales que servían a la gente de mansiones, como hoy mismo ocurre en Tarancón y otros pueblos de Cuenca.

Plutarco habla de la ciudad de los caracitanos, la «Caracea» de Ptolomeo, que corresponde a la actual Taracena (situada a 4 kilómetros al nordeste de Guadalajara), que no estaba compuesta de casas, como la generalidad de las ciudades y aldeas, sino que en realidad era un monte bastante alto y de cierta extensión con muchas cuevas orientadas hacia el septentrión. Vivía en ella gente dedicada a la ganadería fundamentalmente, contra la que usó Sertorio de una estratagema el año 77 a. de J. C, haciendo grandes montones de polvo, que el viento norte, el cierzo, llevó hasta las referidas cuevas ahogando casi a sus habitantes<sup>141</sup>.

Estas poblaciones, en alto y subterráneas al mismo tiempo, ofrecían de todas formas serias dificultades para ser tomadas y amenazaban a las del llano. Así Tito Didio hizo trasladar la ciudad de «Termes» o «Termantia», que era de este tipo, del alto en que estaba asentada a una planicie cercana<sup>142</sup>. Hay, por lo demás, pocos datos acerca de la manera de vivir de los carpetanos.

### *Carácter eminentemente pastoril de carpetanos y vettones.*

Los vettones parecen haber constituido una unidad cultural no muy diferenciada con respecto a ellos. Es en su territorio sobre todo donde se encuentran aquellas extrañas y toscas esculturas de animales conocidas vulgarmente con los nombres de bichas, verracos, toricos, etc., que, sea la que fuere su significación particular, no pueden ser sino obra de pastores de ganado mayor. El área por la que vemos difundidas tales

manifestaciones de un arte elemental abarca las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana, norte de la provincia de Córdoba, sur de las de Salamanca y Ávila, y por caso extrañísimo se halla también una en Vizcaya y, lo que es menos sorprendente, varias en la Lusitania propiamente dicha<sup>143</sup>.

Citas curiosas de los toricos hay en nuestros clásicos. En El lazarillo de Tormes, al principio, se habla de uno que había en Salamanca, ciudad, en el puente sobre el río<sup>144</sup>. Y en El mejor maestro el tiempo, de Lope de Vega? acto II, un lacayo habla con otro y dicen<sup>145</sup>:

«Turín. — ¿Ha visto vuesa merced,  
en aquel pradillo ameno,  
a los toros de Guisando?

Otón. — Sí, he visto.

Turín. — ¡Huélgome dello!

Pues yo los desjarreté,  
y al de piedra, que está puesto  
en Salamanca en la puente,  
de un revés rapé los nervios.

Así están sin pies ahora.»

Los vettones vivían en ciudades fortificadas y en poblados de poca importancia cuya relación con las unidades sociales del tipo de las llamadas «gentes» en la época romana no se ha precisado bien todavía. Estrabón dice que desde el río Tajo hasta la costa del Norte había no menos de treinta pueblos<sup>146</sup>. Claro es que éstos se multiplicarían cuanto más al septentrión se marchaba.

Las excavaciones del señor Cabré en las Cogotas (Ávila) han revelado la fisonomía de una de las ciudades más típicas del área vettónica. Los recintos amurallados de los vettones guarecían a una serie de casas que no guardaban ninguna armonía ni se construían con arreglo a normas urbanas como las de Numancia, construidas en parte de piedra y en parte de madera y adobes o tapial, cual ocurría en multitud de puntos de la península donde técnica semejante siempre ha sido muy usada. Plinio explica lo frecuentes que eran aquí y en África las paredes de tierra (*fornáceos*) que se hacían colocando el barro entre dos tablas y apisonándolo: resistían a los siglos y ni los vientos ni las lluvias las destruían. En su época — añade — todavía existían las garitas de observación que había mandado hacer Aníbal de esta suerte y las torrecillas colocadas en lo alto - - las montañas por el mismo<sup>147</sup>. El barro se usaba como aglutinante de la piedra incluso: en Sagunto las murallas eran de piedras unidas con barro y no con cal, según costumbre antigua, como dice Livio<sup>148</sup>, costumbre que tenían los vettones igualmente. Pero lo más interesante de la ciudad de las Cogotas son los grandes recintos en que se guardaban los ganados y, cosa curiosa, a la entrada de ellos es donde se ha encontrado uno de aquellos verracos a que se ha aludido, lo cual parece indicar que en casos tenían un significado apotropaico. Hay que señalar hallazgos de cantidades considerables de trigo a la par que falta de rejas de arado<sup>149</sup>. ¿Acaso este pueblo hacía incursiones, como los del norte, a los territorios limítrofes, habitados sobre todo por labradores, para aprovisionarse de cereales? Ello es muy posible, como veremos. Los vettones no parecen haber sido grandes trabajadores. Conocida es la anécdota que refiere Estrabón acerca de los guerreros de aquella estirpe, que cuando vieron a unos soldados romanos pasear delante de sus campamentos pensaron que eran locos, pues estimaban que un hombre cuando no se hallaba en la pelea debía permanecer sin hacer absolutamente nada, «descansando»<sup>150</sup>.

Si la cultura material de Numancia resulta tosca en comparación con la de los pueblos del este, sobre todo en ciertos aspectos (cerámica, arquitectura), la de los habitantes de Las Cogotas es inferior aun a la de Numancia. Los elementos que de Oriente pudieron llegar hasta la Celtiberia no llegaron a los vettones. Así, ni usaban la escritura llamada ibérica, ni decoraban sus vasos con dibujos más que esporádicamente, encontrándose en cambio cerámica de tipo hallstático y aun otra de aspecto eneolítico amén de espadas de tipo especial y diferenciadas de las celtibéricas<sup>151</sup>.

No se puede saber bien cómo era la estructura de la propiedad territorial en pueblos semejantes. Pero cabe suponer que dada su economía fundamentalmente pastoril, cada ciudad tendría unos terrenos propios dentro de los cuales pastarían los ganados: los terrenos serían comunales, pero los ganados no, pertenecerían a diversas familias y constituirían la presión de la riqueza. Este régimen se encuentra en bastantes pueblos actuales de tipo análogo y conviene incluso a las poblaciones célticas más primitivas, como se vio anteriormente. Sin embargo, sería prematuro el adscribirlo a unas gentes o a otras de manera absoluta. Hoy día la mayor parte de las dehesas del territorio vettónico se hallan valladas con largas paredes de piedra. Pero esta limitación de la propiedad parece lo más seguro que empezara a llevarse a cabo en épocas posteriores a la que nos ocupa, en época romana por lo menos.

Por otra parte, es muy posible que los vettones, para indicar los límites de los campos pertenecientes a diversas ciudades, colocaran esculturas como las indicadas, es decir toros o verracos de piedra que allí podrían tener también su sentido protector y religioso: sabido es el carácter sagrado que se da a los títos en multitud de pueblos y cómo se asocian a determinadas divinidades. Hace muchos años, el investigador extremeño don Vicente Paredes los interpretó como puntos de referencia que tuvieron a lo largo de un camino tradicional antiguos pastores trashumantes. Pero esta interpretación no tiene en cuenta que dado el particularismo tribal que venimos describiendo las grandes derrotas ganaderas eran poco menos que imposibles<sup>152</sup>. Y descartada mediante las excavaciones la hipótesis de que sean monumentos funerarios, queda como única la que les da un sentido religioso, protector, con la aplicación que se indica. Así, pues, cabe pensar que los vettones se inspiraron para concebirlas en las representaciones de toros, esfinges, etc. propias de los pueblos del sur, de origen clásico oriental. En lo que se refiere a los ritos funerarios y a otros elementos culturales, los vettones ofrecen rasgos de tipo céltico, pero hay que tener en cuenta que tanto los hallazgos de Las Cogotas como los de la Osera parecen algo anteriores a los numantinos y celtibéricos.

---

<sup>137</sup> Desde el punto de vista de Wackemagel según el cual, el sufijo "itanus" pasa al latín por influjo de la lengua ibérica y otras emparentadas con ella (Cfr. G. Devoto, "storia della lingua de Roms" P.13)

<sup>138</sup> Plinio, N.H., III, 19 dice: «Primi in ora Bastuli, post eos quo dieitur ordine intus recedentes Montesani, Oretani et art Tagum Carpetani, inxta eos Vaccaci, Vettones et Celtiberi revaci». Así se explica que Lúculo tomara como pretexto para atacar a los vacceos de Cauca el\* que hablan molestado a los carpetanos, súbditos de Roma desde antes (Appiano, «Iber.», 50. 1 mismo, 64, considera a la Carpetania como tierra fértil).

<sup>139</sup> Véase, sin embargo, ahora el artículo de Menéndez Pidal, citado en la nota 130 del cap. IV

---

<sup>140</sup> II, 5, 7.

<sup>141</sup> Plutarco, «Sert.», 17; Ptolomeo, II, 6, 56.

<sup>142</sup> Appiano. «Iber.», 99-100. Sobre las cuevas artificiales habitadas, véase B. Taracna, *Arquitectura hispánica rupestre* en, "Investigación y Progreso", VIII (1934), pp. 257-268; de las carpetanas en particular, J. Pérez do Barradus, «Las cuevas artificiales del valle del Tajuña (provincia de Madrid)» en el 'Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología' de la Universidad de Valladolid, 31-33 (1942-1943), pp. 11. Con estas cuevas, que sin duda ya fueron construidas en la Edad del Hierro, se pueden establecer tres grupos: el baleárico, el andaluz-levantino y el central. Pero sería muy difícil el asignar su construcción a una sola etnia.

<sup>143</sup> Bosch-Gimpera. «Etnología de la Península ibérica», pp. 530-533

<sup>144</sup> *Obras en prosa de Hurtado de Mendoza* (Madrid, 1881), p. 196 (tratado I).

<sup>145</sup> «Obras de Lope de Vega, publicadas por la Real Academia Española (nueva edición), obras dramáticas», VII (Madrid, 1930), pp. 525.

<sup>146</sup> III, 3, 5 (154).

<sup>147</sup> N.H., XXXV, 169.

<sup>148</sup> Livio, XXI, 11. La ligereza del barro español está atestiguada por Posidonio, que afirmaba que en la Península había unos ladrillos de tierra arcillosa, de la que se hacían también los moldes para los vasos de plata, que, a pesar de ser compuestos, flotaban en el agua: Estrabón, XIII, 1, 67 (615).

<sup>149</sup> "Excavaciones de las Cogotas (Ávila). I. El castro" (-Madrid, 1930), pp. 98-99 (láminas II y ix).

152. «Historia de los tramontanos celtiberos desde los más remotos tiempos hasta nuestros días» (Plasencia, 1888).

153. V, 34, 3.

<sup>150</sup> III, 4, 16 (164).

<sup>151</sup> La diferencia de las necrópolis del oeste de la meseta con respecto a las celtibéricas se halla señalada en J. Cabré, «Las necrópolis del Bajo Duero y del Norte de Portugal» en «Archivo Español de Arte y Arqueología» (8 (1930). pp. 259-265. Otros caracteres distintivos, en la cultura de las Cogotas. estudió el mismo «Tipología del puñal, en la cultura de Las Cogotas» en el mismo «Archivo...», 21 (1931), pp. 221-241.

<sup>152</sup> «Historia de los tramontanos celtiberos desde los más remotos tiempos hasta nuestros días» (Plasencia, 1888).